

XXV

EN EL QUE, POR AMOR Y ABNEGACIÓN, CONTINUÓ SIENDO EL CRIADO DE TODO EL MUNDO, Y DE CÓMO EL DES-EMPEÑO DE ESTA FUNCIÓN NO ME PARECIÓ NUNCA TAN DIFÍCIL

EL auto nos condujo a la plaza de Coriza, una de la más desiertas de la bahía de Vigo, siendo allí transportados a bordo de una chalupa, el ruido de cuyo motor de petróleo oímos.

Una hora u hora y media más tarde, en alta mar y a la altura aproximada de la isla de San Martín y fuera ya de las aguas territoriales españolas, comencé a divisar una sombría masa que se destacaba en el mar, y encima de aquella masa algo que el viento agitaba. ¡Reconocí, no sin emoción, la fatídica bandera negra!...

Habían desatado nuestras ligaduras. Nos registraron, no hallando arma alguna sobre nosotros. Ya no éramos temibles—¿lo he sido personalmente alguna vez?—y no quedaba otro recurso que obedecer. Entre los prisioneros no nos cruzábamos una sola palabra. Tan sólo von Treischke escupió a mi lado. El doctor agitaba sus llaves con un ruidito enervante; el *midship* fumaba tranquilamente un pitillo.

En cuanto a Fritz, había recobrado su color sonrosado. Juzgué que había desaparecido su pusilanidad al con-

vencerse de que su víctima vivía y que ya no podría temer a su fantasma. Para lo que pudiese pasarle ahora se ponía en manos de su viejo y buen Dios alemán.

Ya estamos a bordo del *Vengador*... Vuelvo a ver su exterior verde obscuro, su misterioso kiosco, las escalas y escaleras, sus crujías... ¡Qué de recuerdos agudos, lancinantes y diabólicos a cada paso que doy! ¡Palabra de honor, mis piernas tiemblan!

¿En dónde nos meterían? ¿Cómo nos tratarían? El drama, cuya señal iba a darla la captura de von Treischke, ¿comenzaría en seguida? Eso creía al penetrar, por orden del irlandés, en la crujía central, y ser dirigidos a la capillita...

¿Cómo describir los sentimientos de angustia y desesperación que me embargaron al ver de nuevo aquellos lugares en los que había pasado momentos tan extraordinarios, tan curiosos y excepcionales y también tan atroces, y reconociendo los sitios en que tanto había sufrido pensando en Amalia?

¡Amalia! ¿Así, pues, sólo había vuelto yo al *Vengador* para asistir a tu suplicio, y tan sólo me reúno contigo para perderte más, yo que traigo al monstruo tan esperado por tus verdugos?

Al recordar mis actos en Vigo, hallo que, ciertamente, no he obrado con gran prudencia. La policía del capitán Hyx había demostrado ser, por lo menos, tan activa como la de von Treischke. ¿Quién me podrá, pues, discutir, que he sido yo, yo solo, quien con mis pasos, y también quizá con mis palabras, ha revelado la presencia en Vigo de von Treischke? Por otra parte, ¿no he sido yo quien ha realizado la hazaña de llevarles al Tigre a aquel antro donde le esperaban? ¡Decididamente, veo que el salir de la neutralidad tampoco me resulta! ¡Hay gentes a las que nada les sale bien!

Y sin duda alguna, para decidirme a salir de mi neutralidad, lo he pensado y tergiversado demasiado, detenido mucho, pesando el pro y el contra de las cosas..., y cuan-

do ha llegado el momento de obrar, era ya demasiado tarde... ¡Ah! ¡Por qué no maté al monstruo en el mismo momento que vino a violar mi casa, en Renich!...

Bien presiento ahora que, indiferente a éstos y habiendo excitado la cólera de los de allá, voy a ser el chivo emisario de todos, al verificarse el ajuste de cuentas...

Tiemblo al acercarme a la capillita. Nos hemos encontrado al volver ciertas crujías caras hostiles, ¡muy hostiles!, ojos de fieras que brillaban en la obscuridad y nos hacen ir más de prisa...

... Hemos entrado en la capillita... Nos descubrimos... Vamos detrás de von Treischke y de Fritz, como si pertenciéramos a su cuadrilla o fuéramos sus cómplices... ¡Qué vergüenza!... Sí, la vergüenza abrasa mi frente y me detengo; por otra parte, no tengo gran interés en ir más lejos...

También se ha detenido el doctor.

El *midship*, por el contrario, continúa su camino como si estuviera solo, mirando de alto a bajo, como un *amateur* de la capillita, como un señor que se dignara interesarse por el gótico resplandeciente en lo que tiene de más delicado, y el color de las vidrieras en lo que de más mágico tienen.

Pero yo había visto allá, en el fondo, rodeado de sus principales oficiales y sentado en su cátedra, a la derecha del altar, como un rey prelado en su trono, al capitán Hyx, con el rostro descubierto...

Algo ha debido cambiar a bordo del *Vengador*, para que se muestre su dueño con el rostro descubierto... ¡algo de nuevo!... ¡Ah, sí!... ¡Esa novedad es el Tigre que avanza hacia el capitán Hyx, es el Verdugo de Flandes, prenda y señal para dar comienzo al suplicio... Nos acercamos al final del drama y el capitán Hyx ya no tiene necesidad de enmascararse... ¡Ya puede mostrar su rostro a los que van a morir!...

¡Contempla ese rostro, Herbert de Renich!... ¡Es el rostro de un verdadero hombre! ¡Puedes pensar de él lo que quieras, si es que te queda tiempo! ¡Y escribir sobre él,

si es que te dejan, todo lo que se te antoje!... ¡Y creer tan pronto que tiene razón como que está desprovisto de ella, y considerarle tan pronto el enviado de Dios como el del diablo!... ¡pero es un hombre, esto es, una voluntad! ¡El ha sabido escoger entre el boche y el antiboche! ¡He ahí al *Antiboche*! ¡Podrás pensar o escribir que es *Antiboche* hasta el crimen! ¡Es posible que tengas razón, pero eso tan sólo a él incumbe, y ya se explicará ante Dios! ¡Saluda a ese hombre!

Y yo saludo ¡con qué humildad! al capitán Hyx... Pero él ni se fija en mí; sus ojos, cargados del rayo, miran a von Treischke, y el Señor, en el día del Juicio Final, no debe mirar con más sacra irritación al pecador que en la tierra sólo ha servido de ejemplo de pecado y escándalo...

Así las cosas, esperábame yo una escena de bíblica grandeza entre el enviado de Satán y el que blandía la divina y flamígera espada... ¿Qué grandeza no se podía esperar del choque entre la fiera y el arcángel de las aguas?

Pero bastó una sola frase pronunciada por von Treischke para que todo cayera en las disputas humanas...

En lugar de dos fuerzas de la naturaleza enfrentándose, en lugar de dos ideas contrarias, de dos polos cargados de contraria energía y cuyo encuentro iba quizá a pulverizarnos, no hubo de pronto más que dos hombres que reclamaban sus mujeres...

Si el Señor lo permite—lo que ¡ay de mí! voy dudando de más en más—, seguiré oyendo por mucho tiempo, al avanzar von Treischke hacia el capitán Hyx, sin miedo ni debilidad y decir:

—¡Caballero, su esposa vive!

Y por mucho tiempo seguiré viendo al capitán erguirse en su cátedra, como si hubiera sido levantado por una explosión, para dejarse caer luego como un guñapo, gimiendo. ¿Qué gemía?... ¿Qué es lo que balbuceaban sus labios? Aquello no tenía otra forma, ni significación, ni sentido, que el mostrarnos lo que en realidad es un arcángel de las

aguas: ni más ni menos que un pobre hombre vulgar, como lo somos todos cuando ante nosotros se pronuncia el nombre de una mujer.

¿Sintió, de pronto, vergüenza de mostrarse tal como era ante nosotros, que le habíamos conocido abroquelado en su orgullosa armadura y su impresionante máscara? ¿O quiso tan sólo no ser molestado en la negociación de un tratado sinalagmático—*devuélveme mi mujer y te devolveré la tuya*—que carecía, sin duda, de grandeza y realeza, como se dice en las óperas francesas? El caso es que de un gesto nos puso en la puerta, barriéndonos de su presencia.

Sí, tuvo la fuerza para echarnos...

Quería quedarse solo en la capillita con von Treischke; y nosotros, como es fácil suponer, nos apresuramos a complacerle...

Se nos hacinó en una habitacioncita contigua que, según creo, comunicaba con el ábside; y las cosas no debían ir como la seda, por cuanto de tiempo en tiempo oímos como el fragor de un trueno que no era otra cosa—no tardé en saberlo a costa mía—que el estallido de la cólera del capitán Hyx...

Efectivamente, no habría transcurrido un cuarto de hora cuando fui llamado e introducido en la capillita..

Encontré al capitán solo, entre el Libro de la Ley, el tabernáculo, la cátedra y los verdes registros que habían rodado por el suelo.

¿En dónde estaba von Treischke? ¿Qué había hecho de él el capitán Hyx? Pues, ¡por la Virgen del Pilar! (como dicen los españoles en las novelas francesas), ya no era un guiñapo lo que ante mí tenía, sino la más salvaje pinta de corsario que imaginar pudiera, aun en los tiempos de esplendor de la piratería.

El caso era que el von Trieschke había desaparecido.

Y el capitán (creí en verdad que iba a devorarme) me dijo, o más exacto, me aulló, me escupió:

—*¡Deme usted ese pliego del que le había encargado su amo!*

¡*Mi amo!*... ¡El von Trieschke, *mi amo!*... ¡A lo que había llegado! Ante aquel furor que soplabá a mi alrededor, me puse a dar vueltas como un imbécil o como una peonza, buscando en mis bolsillos aquel pliego que no me abandonaba nunca y que, naturalmente, no encontraba, porque lo buscaba en un estado de enloquecimiento sin límites...

Por fin pude dar con él y se lo entregué al capitán. Sacó del sobre algunos papeles de gran formato, que leyó resoplando y rugiendo. Luego los desgarró, con gestos de terrible rabia:

—*¡Desgraciados de vosotros!*—rugió—, ¡pues si habéis inventado *los dos* este suplicio de hacerme creer por un instante que mi mujer vive, y ello para robarme a *vuestra* Amalia, yo os juro sobre la Biblia y el Nuevo Testamento, por el cielo y el infierno, que sabré inventar, *para vosotros dos*, torturas de las que todavía no se tiene idea en las celdas enrejadas!...

Al terminar, echaba espuma. Yo caí de rodillas:

—*¡Juro a usted, capitán, que su mujer vive! ¡Juro por mi salvación y sobre la cabeza de mi madre que el almirante le ha dicho la verdad: Mrs. G... vive! ¡Juro que hablé con ella ayer! ¡Juro que la volverá usted a ver!*...

Aquellas palabras, en lugar de calmarle, aumentaron su locura, si es que era ya posible. Se abalanzó sobre mí y creí llegada mi última hora; pero de pronto pareció como si su furor quedara suspendido sobre mí... Su rostro, que parecía de fuego, fué adquiriendo poco a poco un tinte terroso, luego verduzco... ¡Se ahogaba! Llevó las manos a su garganta, arrancó el cuello postizo y respiró ruidosamente.

Estaba salvado. Se hundió en su cátedra y desde allí me lanzó estas palabras:

—*¡Caballero, le doy a usted de plazo hasta media noche! ¡Si es verdad que mi mujer vive, no hay necesidad de palabras, ni de estratagemas, ni comisiones, ni papeles, ni sobres la-*

crados, ni de entrar en detalles imposibles de un cambio que me propone von Treischke y que está infestado de todas las traiciones; si mi mujer vive, que me escriba unas líneas, y entonces podremos hablar seriamente!...

—¡Tiene usted razón! ¡Tiene usted razón!—exclamé. ¡Oh! ¡cómo comprendo ahora el furor de aquel hombre! ¿Cómo no creer, en efecto, que se le quería engañar? ¿Acaso yo mismo, que había visto y tocado a la dama velada, no había renunciado a comprender, a explicar su singular actitud?

—Si, capitán, es necesario que escriba... Siempre ha sido ésa mi opinión; pero, ¡ay!, ella *no quiere escribir*... ella mismo me lo ha dicho...

La voz del capitán, muy fatigada, bajó aún de tono:

—¡Caballero, si mi mujer vive—cosa que no creo—, pudo decir a usted, cuando estaba en las cárceles de von Treischke, *su amo de usted*, lo que éste exigía que dijera; pero ahora que el von Treischke es mi prisionero, ya nada puede temer de él, y ya no se negará a escribir!... ¡Que me escriba, pues!... ¡Está usted libre, caballero, libre hasta media noche! ¡Si no está usted aquí a esa hora con unas letras de mi mujer, morirá usted, métase donde se meta! ¡Vaya, pues; el teniente Smith se pondrá a su disposición!

Yo hubiera querido entrar en algunas explicaciones; pero no me dieron tiempo. El capitán Hyx se marchó, viniendo en mi busca el Irlandés.

Me entregó un salvoconducto firmado por el almirante von Treischke para poder penetrar en el castillo de la Coya, recomendando a su sobrino que me llevara ante la *dama velada* inmediatamente que llegara.

Nos marchamos en seguida, embarcando en la misma chalupa que nos trajo, y pude comprobar que el *Vengador* debía haberse aproximado considerablemente a las islas Cies, pues apenas empleamos media hora en llegar a la playa de Coriza, de donde habíamos salido.

Allí nos esperaba un auto que nos condujo a Vigo.

Pregunté al teniente Smith si veía algún inconveniente a que pasase por mi hotel antes de ir al castillo de la Coya, contestándome él que era dueño de mis palabras y gestos y que sólo estaba conmigo para servirme.

¡Sí, ya sabía yo lo que aquello quería significar! ¡Libre hasta las doce de la noche! ¡Libre hasta la muerte!

Sin embargo, aproveché mi libertad para correr a mi habitación, en la que tuve la suerte de encontrar a Potaje.

Estaba éste consternado, acurrucado en su carretilla: primero—me explicó—, porque «no vivía en mi ausencia», y luego, porque el asunto de la evasión no marchaba con la rapidez deseada.

Esta última confidencia me turbó bastante más que la primera, pues solamente contaba para salir de aquel callejón sin salida, en que tan ligeramente me había metido, con la evasión de la *dama velada*.

—¿Pero qué ha pasado?—pregunté jadeante a Potaje, sacudiéndole rudamente sobre su carretilla.

—Ocurre—me contestó mientras golpeaba mis manos con sus patines para que le soltara, pues le sacudía hasta marearle—, ocurre que la *dama velada* se ausenta rara vez de su habitación, y que cuando está en ella, casi nunca está sola, pues la acompaña una vieja dueña que la vigila, sirviéndola al mismo tiempo de dama de compañía y de doncella, de tal manera, que he tenido que interrumpir mi trabajo en varias ocasiones. Sin embargo, he conseguido limar completamente uno de los barrotes en su parte inferior y falta un poco para que lo esté por la superior, y cuando lo consiga limar por completo por esa parte, ya le será fácil a la *dama velada* el reunirse con nosotros...

—¿Y para cuándo crees tú que podrás terminar tu labor?

—Imposible terminar antes de mañana por la noche—contestó Potaje suspirando.

Yo me sobresalté.

—¡Cómo! ¿Hasta mañana por la noche? ¿Pero qué estás haciendo ahora?

—¡Nada!—contestó más lúgubrementemente Potaje—; y si no hago nada, es porque nada puede hacerse allá antes de media noche. Sólo a esa hora podré reanudar mi trabajo sin temor a ser sorprendido por nadie.

—Pero, desgraciado, ¿no sabes que a media noche moriré?...

Hice mal en comunicar tan bruscamente a Potaje el peligro mortal que me amenazaba, pues se deshizo en lamentos, explicaciones y protestas, que me hicieron perder un cuarto de hora.

Después de enfadarme para que se callara y para impedir que me siguiera, pude dejar a Potaje y reunirme con el teniente Smith.

—Al castillo de *la Coya*—ordené.

Había caído la tarde, llegando al castillo ya entrada la noche. No me quedaba más que una esperanza: que consintiera la *dama velada* en escribir a su marido. Pero la había visto tan obstinada en su increíble negativa a escribir, que, al llegar al castillo, encomendé mi alma a Dios.

Sin embargo, había ya intentado todo. El salvoconducto de von Treischke hizo que me introdujeran inmediatamente ante su sobrino, en el mismo despacho del almirante, en el que hizo su entrada la *dama velada* minutos más tarde.

Hubo que pasar por una escena bastante penosa. El sobrino de von Treischke ignoraba, naturalmente, que su tío y Fritz von Harschfeld fueran prisioneros del capitán Hyx. Fui yo quien se lo hizo saber, delante de la *dama velada*, que palideció y tuvo que sentarse desfallecida.

El joven se resistía a creerme.

Hice que volviera a leer el salvoconducto del almirante, haciéndole observar que estaba extendido sobre papel timbrado del *Vengador* (una V en el centro de una boya, sobre la que se leía estas tres letras: *Hyx*); luego me puse de pie y dije:

—La situación es clara. Yo mismo soy un prisionero del capitán Hyx, y vengo aquí con el solo objeto de realizar la

única gestión que podrá salvar al almirante y a su ayudante, y aun añadiré que puede salvarme a mí, pues me han amenazado de muerte para esta noche a las doce a más tardar, si no regreso a bordo del *Vengador* con una esquela escrita por la señora y dirigida a su marido.

Al decir esto miré fijamente a la *dama velada*; parecía dominada por una gran agitación interior. Vi cómo temblaba su mano en el brazo del sillón.

—¡Eso es imposible!—dijo por fin en voz tan baja que apenas oí—. *Ya sabe usted que no quiero escribir.*

No pude contenerme y estallé. La hubiera matado. ¡Que no quería!... Sí, estallé. Mis brazos se proyectaron tan violentamente de izquierda a derecha, que se les hubiese creído sueltos.

—¿Pero por qué no quiere usted?

—¡Porque no quiero!

¡Ah, la hubiera matado!

Y el teniente no decía nada; no me apoyaba, no la invitaba a que hiciera lo que yo le pedía, esto es, lo único que podía salvar a su jefe.

Les volví la espalda, anunciándoles «que estaba bien, y que iba a morir».

Al oír esto, la *dama velada* lanzó un grito, me llamó, y arrancándose del cuello el medallón en que había encerrado el retrato del capitán Hyx, me lo dió con su cadenita.

—Llévele de mi parte esos objetos sagrados—gritó en un sollozo—. ¡Ellos le probarán que vivo y que sigo amándole, y que nunca he dejado de pensar en él!

Cogí el medallón y la cadenita, y salí del castillo como un loco.

En el camino me decía: «¡El capitán Hyx no comprenderá, como yo no lo comprendo, por qué no quiere escribir su mujer; pero, por lo menos, tendrá la prueba de que vive!»

Pues bien, cuando una hora más tarde volví sin *su escritura* y hube entregado al capitán Hyx las pruebas de la existencia de su mujer, ¿sabéis lo que me dijo?

Primero se apoyó en la pared de su habitación, en la que me habían introducido—y se apoyó porque la vista de aquellos objetos parecía haberle quitado las fuerzas—, y luego me dijo:

—Señor Herbert de Renich, no me ha traído usted lo que he pedido, porque no se puede hacer escribir a una muerta. Es usted un miserable; de haber vivido mi mujer, jamás hubiera consentido en separarse de estos objetos. *¡Estas santas reliquias han sido robadas de su cadáver!*

XXVI

CÓMO SE DESVANECIÓ MI ÚLTIMA ESPERANZA.—LA EVA-
SIÓN DE LA «DAMA VELADA»

AL terminar de pronunciar estas palabras, el capitán se dispuso a tocar el timbre. Parecíame que acababa de oír mi sentencia de muerte, y que esta sentencia iba a ser ejecutada por alguien que iba a entrar en seguida. Son esos momentos muy penosos, por poco cariño que se tenga a la vida. Detuve el brazo del amo del *Vengador* y exclamé:

—¡Capitán, existe una prueba de la existencia de Mrs. G., más convincente aún que la de su letra! ¿Qué diría usted si le hiciera ver a Mrs. G.?

Volvió a mirarme con un soberano desprecio.

—¡La proposición se me ha hecho ya!—dijo con frío acento—. Su amigo el *herr* von Treischke ha tenido la osadía de imaginar que yo sería lo bastante estúpido para caer en el más burdo de los lazos, presentándome a tal hora, en tal sitio, desde el que me harían ver a Mrs. G. ¡A otro perro con ese hueso, compadres!

Pero le detuve de nuevo, pues había vuelto a alargar su mano hacia el temible timbre.

—No se trata de eso... ¡Capitán! ¡Capitán! ¡Escúchemel! Es necesario que me crea usted. En la noche de mañana,